



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 23 (2017)

Duquesa de ABRANTES (2016), *Recuerdos de dos viajes por España a principios del siglo XIX*, Francisco Lafarga (trad., estudio y notas), Lérída, Pagès editors, 259 pp.



La abundancia de fuentes escritas en primera persona —ya sea en forma de memorias, libros de viaje o epistolarios— que caracteriza a la Crisis del Antiguo Régimen, ha hecho que los historiadores no siempre prestemos la atención merecida a valiosos textos de la época.

El caso de los testimonios foráneos (a veces prejuiciosos y reiterativos, pero injustamente relegados otras muchas) es especialmente acusado en este sentido, puesto que existen numerosos libros de viaje (¡y qué decir de la correspondencia diplomática!) firmados por visitantes de la España de finales del XVIII y del XIX que siguen esperando a ser traducidos, editados y anotados, adquiriendo así la visibilidad necesaria para cobrar una segunda vida, no solo de cara a los investigadores, sino a un público más amplio interesado en acercarse de primera mano al pasado español.

Por fortuna, esta carencia historiográfica va cambiando poco a poco gracias a iniciativas como la reciente (2012) primera edición en castellano del importante *Tableau de l'Espagne Moderne de Bourgoing*, realizada por Emilio Soler Pascual y publicada por la Universidad de Alicante. No obstante, queda mucho por hacer, como prueba el hecho de que el *Spanish Journal* de lady Holland siga sin contar con una edición completa y tengamos que

conformarnos con la mutilada versión publicada (en su inglés original, claro está) por el conde de Ilchester en 1910.

En este sentido, hay que agradecer a Francisco Lafarga que haya emprendido la meritoria labor integral de traducir, estudiar y anotar la parte correspondiente a España de los *Souvenirs d'une ambassade et d'un séjour en Espagne et en Portugal* de la duquesa de Abrantes. Publicada en 1837, la obra recoge los recuerdos de los dos viajes realizados por Laura Permon (esposa de Jean-Andoche Junot, duque de Abrantes) a este país en 1805-1806 y en 1810-1811. El hecho de ser un extracto de una obra originalmente dedicada a España y Portugal ha llevado al profesor Lafarga a darle, con buen criterio, el nuevo título que encontramos en portada: *Recuerdos de dos viajes por España a principios del siglo XIX*.

La recuperación de la fuente es todo un acierto, tanto por la obra como por la autora. La duquesa de Abrantes fue un personaje excepcional, capaz de ganarse la vida como escritora en la Francia postnapoleónica, firmando una considerable cantidad de casi olvidados libros y relatos históricos (género del gusto de la época), no pocos de ellos sobre España. En la obra de no ficción aquí reseñada, encontramos a una escritora de marcada personalidad, que trasciende los temas supuestamente «femeniles» (marcados por los estereotipos de la época) para hablar de política, religión y economía (incluyendo, por ejemplo, instituciones como la Inquisición y la Mesta), y que no tiene problema alguno en criticar abiertamente a los autores con cuya opinión no comulga.

La privilegiada posición de la viajera como esposa de un importante diplomático y militar le dio además la oportunidad de conocer a personalidades españolas, a las que también se refiere en la obra, y que le dan al texto un interés añadido, pues a las descripciones de ciudades y monumentos, se unen en la obra las de personas de la importancia de Carlos IV, María Luisa de Parma y Manuel Godoy.

Buen conocedor de la duquesa, Lafarga realiza un interesante estudio preliminar sobre Permon y su obra, basado sus trabajos previos y en prensa sobre el personaje. Dicho estudio introduce al lector en valiosos elementos de reflexión, como el hecho de que la obra fuese escrita más de veinte años después de la estancia de la autora en España, lo que hace que no nos encontremos ante un típico libro de viajes estructurado día a día, sino ante un relato unificado que combina ambas estancias. Así, Permon elabora su narración desde el recuerdo, sin rehuir a lo que Lafarga llama «referencias cruzadas» entre su obra de ficción y sus trabajos autobiográficos, pero intentando en todo momento no romper el llamado «pacto autobiográfico». La escritora francesa nos quiere transmitir en todo momento que sus descripciones son derivadas de su estancia en el país, que no habían sido tomadas de terceros. El profesor Lafarga reproduce esta llamativa cita de la obra que resume a la perfección tanto el talento como el orgullo de escritora de Permon:

Me interesa señalar que los cuadros que cito no están en Bourgoing, ni Townsend, ni Laborde, ni muchos otros; mis comentarios son *míos*. No me gusta vestirme con plumas ajenas. Sin duda, más de una vez coincidiré con otros que, como yo, han visitado España, pero no los *he copiado* (p. 23).

Precisamente, es esa combinación de relato y memoria, unida a la personalidad de Permon, lo que hace que, en mi opinión, nos encontremos ante una obra de verdadero interés. Son dos las voces que nos hablan en el texto, la de la viajera de 1805 y 1811, y la de la escritora de 1837. Y esta segunda voz, lejos de ser residual, nos ofrece una perspectiva dinámica («en dos tiempos») de la España retratada en la obra.

No olvidemos que no nos encontramos ante unos apuntes personales, sino ante una obra pensada para ser vendida. Para captar el interés del público, la duquesa no podía

renunciar a acercar sus recuerdos al presente del lector de 1837, que podía seguir interesado en la España de la Guerra de la Independencia, pero que —presumiblemente— buscaría en el libro ecos de la actualidad hispana, que estaba viviendo la definitiva instauración del sistema liberal.

A pesar de sus consejos sobre monumentos, caminos y posadas, Permon sabía que su obra nacía desfasada y reclamaba la necesidad de un libro actualizado sobre España que aconsejara a potenciales viajeros. En el siglo XIX comenzaba a primar la actualidad y, por muy útiles que fueran obras como las de Bourgoing, estaban anticuadas en términos monumentales y de infraestructuras, tanto por los destrozos de las diferentes guerras como por las nuevas construcciones ya que: «por más lentitud que pongan los españoles en terminar algo, hay que creer que a veces lo terminan» (p. 95).

Son varios los ejemplos de esta mencionada narración «en dos tiempos». Así, las páginas dedicadas a las Provincias Vascongadas están salpicadas de alusiones a la causa carlista, del mismo modo que las referencias a la Iglesia incluyen menciones a la sacudida de ese yugo por parte de una España que la escritora percibe en un momento de regeneración.

Resulta llamativo que dicha regeneración no se le antojase a Permon —muy crítica, por supuesto, con la superstición, el fanatismo y la indolencia del país— como totalmente positiva. En primer lugar, por la deriva sangrienta que apreciaba en el proceso revolucionario (la autora parece tener presentes, sin nombrarlos, sucesos como la matanza de frailes de 1834) y, en segundo lugar, porque la modernización estaba atentando contra la esencia española, «ese toque especial que sorprendía al extranjero al entrar a España» (p. 199), que hacía de ella «un país aparte en Europa» (p. 213).

Quizás sea este último el aspecto más evidentemente romántico del relato de la duquesa de Abrantes. Al contrario que los viajeros ilustrados, la autora no exige a España una homogeneización con la Europa «civilizada» sino que busca y pone en valor los aspectos que hacían del país un lugar distinto, vinculados estos a sus raíces musulmanas y castellanas; raíces que considera verdaderamente identitarias del ser español y que hacen que la visita al país merezca la pena.

Laure Permon fue una enamorada de España. Lejos de caer en el esnobismo y el criticismo típico de otros autores foráneos, fue capaz de escribir una obra ponderada en la que se declara admiradora de Calderón y Cervantes, exalta las manifestaciones artísticas del país e incluso reconoce —algo nada habitual en los textos de la época— los avances ilustrados de los reinados de Carlos III y Carlos IV.

Mirando atrás, Permon es incluso capaz de hacer autocrítica de la presencia francesa en España durante la Guerra de la Independencia. Para la autora, si bien las intenciones de los suyos fueron buenas, los medios no siempre fueron los adecuados. Tras presenciar la manera en la que los soldados franceses trataban a sus homólogos españoles, confiesa haber alcanzado un estado de indignación tal «que habría aceptado el mando de una partida de guerrillas» (p. 113). Como es de esperar, las altas instancias francesas (José I y Junot) salen mejor paradas que la soldadesca, aunque sí que encontramos lugar para las críticas a Napoleón.

Para el lector actual, la «pátina decimonónica» que Permon da a la tradicional literatura de viajes ilustrada, es una verdadera ventaja. El buen hacer de la escritora romántica se aprecia en la agilidad de la pluma (achacable también el traductor, cómo no), en el apasionamiento del relato, en el intercalado de historias (que nos evoca la inspiración cervantina de la autora) y en las habituales notas de humor del texto. Como es lógico, algún pasaje erudito botánico o artístico, y ciertos fragmentos descriptivos demasiado profusos hacen ver al lector que se encuentra ante un libro escrito bajo cánones narrativos diferentes a los actuales, sin conseguir que el conjunto deje de ser llevadero.

En cuanto al debe del editor y traductor, podemos achacarle únicamente pequeños detalles como el hecho de que las veinte páginas introductorias nos sepan a poco y nos dejen con ganas de saber más sobre la vida y la producción de la escritora francesa (lo que puede considerarse también como algo positivo); la ausencia de un índice onomástico, que haría que la edición fuese aún más útil; la existencia de alguna imprecisión en la breve biografía a pie de página de Junot (como la fecha de su boda); alguna traducción quizás demasiado libre de la fuente, como «me he ido por los cerros de Úbeda» (p. 100) por el «j'ai été rejeteé bien loin de ma route» de la edición original; o contadísimos pasajes en los que no llegamos a entender del todo a la autora.

En todo caso, nada de lo dicho en el párrafo anterior puede empañar en absoluto el acierto del profesor Lafarga de haber rescatado una fuente tan sugestiva y a una autora tan interesante del olvido, ni el trabajo de haber traducido, estudiado y anotado con tanto acierto una obra con cuya lectura he disfrutado enormemente y que resulta altamente recomendable para toda persona interesada en el marco temporal y cultural marcado por esta revista, el que transcurre de la Ilustración al Romanticismo, ámbito cuyo espíritu reflejó a la perfección Laure Permon.

Antonio CALVO MATURANA